que parecian amontonarse perfectamente sobre nuestro reino. Tú eres el enviado del Todopoderoso. ¡Que te dé la fuerza necesaria para salvarnos! Toma esta flor: es una muestra de nuestro cariño. Te la ofrecen tus hijos de Haranjal.»

Con tal naturalidad se espresaba el pobre indígena, que como todos los de su raza, guardaba viva en su corazon la supersticiosa creencia que de padres á hijos se habia trasmitido, y segun la cual llegaria un dia desde el Oriente un jóven de blonda barba y de ojos azules, bajo cuyo reinado su raza se levantaria de su lamentable decadencia. Este jóven prometido era para los indios el archiduque Maximiliano, y de aquí el fanático entusiasmo que en todas partes le mostraba aquella pobre y desgraciada raza.

Desde Orizaba á Puebla, el viaje de los Emperadores fué una contínua ovacion. En el pueblo del Ingenio, los esperaban sus habitantes con flores y ramilletes. Para subir las cumbres de Aculzingo, el Emperador y la Emperatriz montaron á caballo, llegando á poco á Puente Colorado, en donde les aguardaba la comision de Puebla.

A las diez de la mañana del dia 5 de Junio hicieron su entrada los Emperadores en la heróica ciudad de Puebla. El escaso número de habitantes que habian sobrevivido al horrible sitio de esta poblacion, no quisieron presenciar la entrada del nuevo monarca, siquiera porque iba representando la injusta causa por la que tantas y tan terribles desgracias habia esperimentado la noble ciudad.

Las autoridades y los indígenas se esforzaron por eso mismo en hacer la recepcion más solemne. La comitiva de los Emperadores se presentó en la plazuela de San Francisco, formando á la cabeza cinco batidores, gendarmes franceses, á los que seguía una mitad de caballería de policía de Puebla, y diez carretelas abiertas con el Ayuntamiento y autoridades de la ciudad, llevando todas su correspondiente uniforme. En la primera, dos mancebos y dos empleados llevaban las llaves de la ciudad en un elegante y rico cogin.

Seguían despues una parte de la guardia imperial, que servian de batidores á SS. MM.: á continuacion, en carretela abierta, el Excmo. Sr. gran mariscal de la córte, general Almonte y su esposa, y el excelentísimo señor Velazquez de Leon: inmediatamente despues SS. MM. en carretela abierta. A la derecha del carruaje el general Woll y á la izquierda el general Brincourt, seguidos uno y otro de sus estados mayores. La comitiva la cerraba una escolta mejicana imperial.

En un elegante y precioso arco formado en la calle del Alguacil, fueron entregadas á Maximiliano las llaves de la ciudad, prorumpiendo la comitiva en entusiastas vivas al Emperador de Méjico. Por la noche hubo vistosos fuegos artificiales en los memorables cerros de Loreto y Guadalupe, representando en aquellos el palacio de Miramar.

IV.

El dia 11 de Junio, la ciudad de Méjico se preparaba á recibir con toda pompa y solemnidad á los nuevos soberanos. Las calles, las puertas de las casas, los balcones y los terrados de todos los edificios de la capital rebosaban de gente, que llevados unos de su entusiasmo y los más de la curiosidad, se agrupaban en tropel hácia los puntos por donde debian pasar los nuevos Emperadores.

Lo más notable de la sociedad militar y eclesiástica de Méjico, salieron en coche y á caballo hasta Santa Cruz, á unos cuatro kilómetros de la ciudad, para saludar á Maximiliano y á la Emperatriz Carlota. Apeándose del carruaje SS. MM. saludaron afectuosamente á la ilustre comitiva, y poco despues se encaminaron, en medio de entusiastas vivas, hácia la capital, rodeando el coche imperial multitud de mejicanos que llevaban cada uno una bandera en la mano.

Una salva de 101 cañonazos, y el repique de las campanas de todas las iglesias, anunciaron la entrada de los Emperadores en la córte de sus nuevos Estados. La multitud se apiñaba en rededor de los carruajes y de los caballos, gritando unos: «¡viva nuestro Emperador!» y jurando los más allá en el fondo de su conciencia, «¡guerra á muerte al monarca intruso y á cuantos con él atenten contra nuestra libertad y nuestra independencia!»

El Emperador y la Emperatriz se dirijieron á la catedral, en donde fueron recibidos por los arzobispos y obispos y muchas corporaciones religiosas, cantándose despues un solemne *Te-Deum*.

V.

Terminadas las solemnes fiestas con que la capital de Méjico celebraba el advenimiento al trono de su nuevo Emperador, Maximiliano I consagró todo su buen deseo al desempeño de la difícil mision que le habia sido confiada. La cuestion financiera hizo fijar preferentemente la atencion del jóven príncipe, y para resolverla atendió desde luego, á la desamortizacion de los bienes eclesiásticos, á los cuantiosos rendimientos que pudieran obtenerse de las ricas y abundantes minas de sus nuevos Estados, y al aumento que era de esperar en el producto de la contribucion de aduanas.

Pero no era esta la cuestion más árdua y difícil que necesitaba abordar Maximiliano I. Las contínuas revueltas por que en los últimos tiempos acababa de pasar la República de Méjico, habian traido á esta nacion á un grado lamentable de postracion moral, que se hacía mucho más difícil y peligrosa, por la absoluta decadencia material á que la habian reducido los últimos acontecimientos. El nuevo Emperador se encontraba por un lado, con una sociedad fatigada, que sufria con encubierta resignacion todas las violencias, todas las injusticias de que habia sido víctima, durante el mando de ambiciosos presidentes que sólo se cuidaban de su propio y esclusivo bien; por otra parte veíase rodeado de un militarismo improvisado y altanero, sin antecedentes y sin historia, en el que cada individuo no tenía más pensamiento político que el de acostarse revolucionario y despertar presidente, para huir despues de su caida con los resíduos del Tesoro público ó el producto de un empréstito, siquiera fuese llevado á cabo del modo inícuo que acostumbraba el mismo favorito de Maximiliano.

Encóntrose igualmente con un clero numeroso y avariento, que á todo trance quería con sus fanáticas ó acomodaticias creencias dirijir los actos y la conciencia del pueblo mejicano, para sobreponerse á la poderosa fuerza de sus rivales y ser el árbitro dueño de los destinos de Méjico; y sobre todas estas dificultades, y tantas otras como pudiéramos enumerar, tenía que habérselas el nuevo monarca con un partido tan numeroso y compacto como el del presidente Benito Juarez, cuyos actos en los últimos tiempos de su mando le habian captado por su rectitud y por su energía, el afecto íntimo de la inmensa mayoría de los mejicanos; y cuyo carácter enérgico é inquebrantable habia de inflamar incesantemente en el ánimo de su pueblo el amor santo y sagrado á la independencia y á la libertad, y el ódio profundo é irreconciliable á la intervencion de un pueblo estraño y altanero en la vida, en las costumbres, en las creencias, en las aspiraciones, en todo, en fin, el modo de ser de una nacion que ha luchado por la libertad hasta merecer, con justicia, la admiracion de los demás pueblos del Nuevo Mundo.

Todos estos obstáculos, todas estas contrariedades se presentaban gigantescos á la obra que el archiduque de Austria se proponia llevar á cabo en su nuevo Imperio.

Y ciertamente que todo esto pudo conocerlo, y lo conoció en efecto, Maximiliano I; pero era jóven y descendiente de la casa de los Hapsburgos: habia nacido príncipe, y no tenía Estados. Era, pues, uno de tantos vástagos ilustres que pululan por toda la Europa en busca de un trono, siquiera sea éste tan fecundo en males y desventuras como lo ha sido el de Fernando Maximiliano, cuyo desastroso fin inspira hoy al mundo la compasion y el sentimiento que excitan siempre la desgracia y el infortunio.

No por esto nos olvidaremos nunca, al tratar de Maximiliano, del engaño de que fué víctima por parte de unos cuantos falsarios ambiciosos de la nacion mejicana y del Emperador francés, al ofrecerle los primeros la corona, y al prometerle el segundo un apoyo decidido y constante que le negó más tarde en los momentos más críticos y solemnes, á una ligera indicacion del gobierno de los Estados-Unidos.

Pero de todos modos, Maximiliano, como decíamos, no desconocia los grandes inconvenientes, las rudas pruebas, los amargos sinsabores que le esperaban en su reinado, y la gran fuerza de voluntad y distinguidas cualidades físicas, morales é intelectuales que eran necesarias para reunir y organizar los elementos dispersos y corrompidos de una sociedad tan perturbada, en la que habia de crearse lo material y lo moral, desde las cosas que dán valor á los productos de la naturaleza, hasta los sentimientos que enaltecen á los hombres y hacen grande y venturoso á un pueblo.

Para llevar á cabo tan árdua empresa, el nuevo Emperador quiso admitir los esfuerzos de todos los hombres que aspirasen al bien de su país, fueran cualesquiera sus creencias políticas, proponiéndose de este modo no apoyarse en un partido determinado, sino formar un núcleo robusto y vigoroso que fuese como el tronco de una gran nacion.

Este pensamiento, que á no dudarlo, era digno de los nobles sentimientos de Maximiliano, parecia en estremo fácil y hacedero al inesperto monarca, por las seguridades que de ello le daban Almonte y sus partidarios. «Los generales y jefes mejicanos,—le decian estos,—se adherirán todos al nuevo órden de cosas que aquí vinimos á establecer, y contribuirán con toda eficácia á crear un ejército nacional, que adquirirá muy en breve los hábitos de subordinacion y disciplina que distinguen á los ejércitos europeos; y el pueblo entero, y principalmente la numerosa poblacion india que conserva tan grato recuerdo del tiempo que estuvo bajo la égida de una monarquía paternal, apoyará de una manera enérgica y resuelta el trono augusto de Maximiliano.»

VI.

Todas estas halagüeñas promesas, todas estas seguridades de los aduladores y favoritos del jóven príncipe, hacian abrigar al incauto Maximiliano la esperanza de ver muy pronto constituido un Imperio floreciente, que á la vez que satisfaciera su juvenil ambicion, pasara como cuantioso legado á su ilustre descendencia.

Consultando diariamente con sus ministros Almonte, Velazquez, Ramirez, Escudero, Estéva, Siliceo, Robles y Peza, con el general Bazaine, M. Corto, el arzobispo de Méjico y demás hombres notables del nuevo Imperio, Maximiliano se esforzó por remediar en el plazo más breve posible, el mal estado en que se encontraba la nacion, proponiéndose desde luego abordar la cuestion religiosa, como el único medio que pudiera suministrarle por lo pronto, recursos para atender á las primeras necesidades de la administracion.

El clero, aunque comprendiendo lo mucho que perderia en poder é influencia llevándose á cabo la desamortizacion de los cuantiosos bienes que durante largos años venía disfrutando, mostróse sin embargo al principio un tanto inclinado á esta medida, en la esperanza, sin duda, de que influyendo constante y eficazmente en el régimen gubernamental del Imperio, volverian con el tiempo las cosas al estado que el clero apetecia, y en la seguridad, por otra parte, de alejar para siempre toda clase de temores de que el partido que representaba Juarez pudiera cambiar el nuevo órden de cosas establecido por la teocracia.

El cuerpo estranjero quedó asímismo formado en breve, y ocuparon sus respectivos cargos los ministros encargados de representar el nuevo Imperio en las diferentes córtes de Europa y América, en que habia sido éste reconocido.

Las mejoras materiales ocuparon igualmente la atencion de Maximiliano I, fijándose con preferencia en las vías férreas de Veracruz á Méjico y en la que habia de enlazar esta capital con Acapulco, consideradas como las dos grandes artérias destinadas á poner en comunicacion el Pacífico con el Golfo mejicano.

Para el estudio de los diferentes proyectos de ley que debian formar la base de las instituciones del nuevo Imperio, se nombraron diferentes comisiones, presidiendo la de Hacienda el ministro de Estado Velazquez de Leon. Esta comision debia proponer en un corto plazo á S. M., despues de un exámen minucioso de la situacion del Tesoro y de los recursos con que podia contar Méjico, un plan rentístico para lo futuro, en el cual

se conciliasen el estado pobre en que se hallaba el país con las necesidades imprescindibles de la administracion. La comision militar, bajo la presidencia del general Bazaine, se ocupaba á la vez en las cuestiones relativas á la reorganizacion del ejército; y de este modo se procuraba por todos llegar pronto á remediar los grandes males que aflijian á la nacion mejicana.

Al Estado de Acapulco, recientemente sometido á los imperiales, fué enviado el señor Pozas á fines del mes de Julio con el cargo de prefecto político, quien poniéndose de acuerdo con el comandante francés introdujo varias reformas en los diversos ramos de la administracion, conservó aquellos empleados que se habian adherido al Imperio, y publicó, con otros varios decretos del Emperador, uno en que se daba una completa amnistía á cuantos hubiesen tomado parte en las anteriores luchas en favor del ex-presidente Juarez.

Con iguales instrucciones fueron enviados asímismo á los demás Estados sometidos á Maximiliano, los hombres más entendidos en la administracion, procurando todos apartarse lo ménos posible de la conducta liberal y prudente que les habia trazado su Emperador, toda vez que los triunfos morales, más aún que los materiales, y las conquistas que hiciera el gobierno sobre la opinion pública por medio de sus actos, le proporcionarian mayor número de prosélitos y le atraerian mayores afecciones y simpatías que la más brillante victoria en el campo de batalla.

Por esto Maximiliano I procuraba sobre todo, inculcar en el ánimo de las autoridades máximas liberales y conciliadoras, como único medio de atraerse el afecto de los mejicanos, á quienes por la fuerza era de todo punto imposible someter, dado el espíritu independiente y guerrero que á todos los animaba; y dada tambien la vasta estension del Imperio, su topografía, la falta de vías de comunicacion, los grandes espacios desiertos que con frecuencia median de uno á otro pueblo, y tantas otras condiciones favorables para que los juaristas pudiesen sostener indefinidamente la lucha de guerrillas que desde un principio habian adoptado contra los invasores.

CAPÍTULO II.

Viaje de Maximiliano á las provincias de su Imperio.—Decretos que á su marcha precedieron.—Circular del ministro del Interior.—Cartas dirijidas por el Emperador á sus ministros.—Nuevo plan de impuestos presentado por la comision de Hacienda.—Discurso de Maximiliano con motivo del aniversario de la independencia de Méjico.—Regreso del Emperador á la capital de sus Estados.—Decretos del mismo sobre la conducta que debieran observar los altos funcionarios del Imperio.—Nombramiento de un inspector general de presidios é instrucciones dadas á éste por el Emperador.—Difícil situacion de Maximiliano para resolver las cuestiones de desamortizacion y supresion de las jurisdicciones privilegiadas y escepcionales.—Recepcion del nuncio de Su Santidad por el Emperador.—Nuevas complicaciones.—Singular contraste que con ellas forman las palabras de Napoleon III y de sus ministros en las Cámaras francesas.

I.

Las frecuentes y seductoras comunicaciones que las autoridades mejicanas enviaban á Maximiliano acerca del estado en que se encontraban las provincias del Imperio, no satisfacian, ni mucho ménos inspiraban fé al jóven monarca, en atencion á que ya en varias ocasiones habian venido los hechos á desmentir otras noticias, igualmente consoladoras y pacíficas, que los funcionarios públicos habian comunicado desde sus respectivos departamentos. Por esto en primer lugar, y en segundo por atraerse con su presencia y generosidad el afecto y simpatías de los mejicanos, Maximiliano I se decidió á visitar varias provincias de su Imperio, dejando al frente del gobierno á la Emperatriz Carlota, asistida de los ministros Velazquez y Ramirez. El 10 de Julio de 1864 la poblacion oficial de Méjico despedia, en efecto, al Emperador, habiendo éste firmado antes un decreto levantando el bloqueo de todos los puertos del Imperio, y amnistiando por otro á todos los que hubiesen tomado parte en las anteriores luchas en favor del ex-presidente Juarez; sin que préviamente se les exijiera el juramento al nuevo Imperio y al nuevo órden de cosas, ni aun la promesa de no prestar en lo sucesivo apoyo alguno á la doctrina ni á las partidas de Juarez.

Otros proyectos no ménos importantes y trascendentales dejó á sus ministros al emprender su viaje Maximiliano, con los cuales